

plaza pública para la edición del 16 de junio de 1992

% Desalojo en Guadalajara

% Dobles damnificados

miguel ángel granados chapa

Uno de los efectos peores del autoritarismo consiste en que algunos gobernantes crean imbéciles a los gobernados. Esa torpe inclinación se ha puesto de manifiesto en Guadalajara, con motivo del bárbaro desalojo de damnificados del 22 de abril, realizado por una brigada policiaca en las primeras horas del lunes primero de junio. Primero, el gobernador negó que hubieran sido gendarmes los autores de la agresión. Pero cuando cayeron encima del funcionario interino las evidencias de que faltaba a la verdad, se urdió una historia que sólo oligofrénicos o distraídos pueden tener como verdadera, para explicar los sucesos y cargar la culpa sobre granaderos rasos y oficiales de baja graduación.

Según el mal tramado relato de los presuntos responsables, los damnificados (que habían resuelto quedarse en *plantón* en la plaza principal de Guadalajara, a fin de presionar la satisfacción de sus demandas) escandalizaban, por lo que fue preciso solicitarles, de la manera más atenta, que guardaran silencio (y, supongo, dejaran soñar a las palomas de la Catedral, únicos seres durmientes en el perímetro inmediato a la plaza, rodeada de construcciones donde nadie habita, pues corresponden a usos públicos). Pero ya ve usted cómo son tercios los damnificados (¿no aventuró el ex gobernador Cosío Vidaurre que de nada habría valido avisarles de la inminente tragedia, pues son como niños que no escuchan la advertencia sobre el riesgo de caer de la barda en que se encaraman?), y no obstante la amable petición policiaca, los damnificados continuaron escandalizando. Quizá protagonizaban una gran fiesta, para dar gracias a la vida por los dones que les ha ofrecido a partir del 22 de abril, y por eso se empeñaban en meter ruido, y con ello en molestar a los cumplidos guardianes de la ley. Al comprobar la renuencia de sus interlocutores, a los policías no les quedó más remedio que emplear la fuerza. Dirían más tarde las víctimas que las tiendas de campaña fueron destruidas y los tubos de su armazón utilizados como garrotes contra ellos. Pero dude usted de su palabra, ya que el gobernador Rivera Aceves aventuró la conjetura de que en realidad buscaran crear mártires para potenciar su causa. Como quiera que sea, el pequeño grupo de cinco gendarmes (y no cincuenta, como malévolamente insinuaron los damnificados) salió victorioso de la escaramuza e hizo varios prisioneros. ¿Qué hacer con ellos, cómo conducirlos a donde purgaran su atroz violación al bando de policía y buen gobierno? La Providencia acudió en auxilio de las Fuerzas del Bien. El chofer de un autobús de servicio público había aprovechado las últimas horas del



domingo para ir a una fiesta, volvía de ella, se sintió cansado y no halló lugar más a propósito para estacionarse, que las inmediaciones del sitio donde los granaderos sometían al orden a los damnificados. Su vehículo estaba que ni mandado hacer para trasladar a los alborotadores. Se le pidió (no se sabe si de la misma respetuosa manera que la empleada por los genízaros antes de la trifulca) que permitiera su uso en apoyo de la ley, el chofer lo hizo de mil amores, y los reos y sus captores fueron al Departamento de Seguridad Pública, donde se les ordenó a éstos dejarse de tonterías y conducir a los damnificados al albergue donde debieran estar, y no en la plaza pública donde escandalizaban. Sólo que la Providencia dejó de asistir entonces al chofer y a los guardianes del orden, y turbó a aquél, que en vez de dirtigirse al Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara, refugio provisional de los afectados por el estallido del drenaje, los abandonó en despoblado.

O sea que ni el gobernador, ni el secretario general de gobierno, ni el jefe del departamento de seguridad pública, ni los jefes del escuadrón antimotines y la policía preventiva tuvieron nada que ver en el asunto. Todos dormían plácidamente en sus domicilios, y sólo al día siguiente se enteraron de que, milagrosamente, la plaza amaneció vacía. Y como los gendarmes participantes en el caso habían hecho juramento de silencio (¿por qué, si habían cumplido su deber?), dejaron a sus jefes sumidos en la ignorancia sobre su mal comportamiento, y los expusieron a negar la intervención policiaca. Pero pagarán caro sus culpas. Allá se

~~lo haya.~~ Ni siquiera la pasarán mal, sin embargo. Ya están libres bajo fianza, pagada por sus propios jefes. ~~Q~~

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Desalojo en Guadalajara Dobles damnificados

Uno de los efectos peores del autoritarismo consiste en que algunos gobernantes crean imbéciles a los gobernados. Esa torpe inclinación se ha puesto de manifiesto en Guadalajara, con motivo del bárbaro desalojo de damnificados del 22 de abril, realizado por una brigada policiaca en las primeras

horas del lunes primero de junio. Primero, el gobernador negó que hubieran sido gendarmes los autores de la agresión. Pero cuando cayeron encima del funcionario interino las evidencias de que faltaba a la verdad, se urdió una historia que sólo oligofrénicos o distraídos pueden tener como verdadera, para explicar los sucesos y cargar la culpa sobre granaderos rasos y oficiales de baja graduación.

Según el mal tramado relato de los presuntos responsables, los damnificados (que habían resuelto quedarse en *plantón* en la plaza principal de Guadalajara, a fin de presionar la satisfacción de sus demandas) escandalizaban, por lo que fue preciso solicitarles, de la manera más atenta, que guardaran silencio (y, supongo, dejaran soñar a las palomas de la Catedral, únicos seres durmientes en el perímetro inmediato a la plaza, rodeada de construcciones donde nadie habita, pues corresponden a usos públicos).

Pero ya ve usted cómo son tercros los damnificados (¿no aventuró el ex gobernador Cosío Vidaurri que de nada habría valido avisarles de la inminente tragedia, pues son como niños que no escuchan la advertencia sobre el riesgo de caer de la barda en que se encaraman?), y no obstante la amable petición policiaca, los damnificados continuaron escandalizando. Quizá protagonizaban una gran fiesta, para dar gracias a la vida por los dones que les ha ofrecido a partir del 22 de abril, y por eso se empeñaban en meter ruido, y con ello en molestar a los cumplidos guardianes de la ley.

Al comprobar la renuencia de sus interlocutores, a los policías no les quedó más remedio que emplear la fuerza. Dirían más tarde las víctimas que las tiendas de campaña fueron destruidas y los tubos de su armazón utilizados como garrotes contra ellos. Pero dude usted de su palabra, ya que el gobernador Rivera Aceves aventuró la conjetura de que en realidad buscaran crear mártires para potenciar su causa. Como quiera que sea, el

pequeño grupo de cinco gendarmes (y no 50, como malévolamente insinuaron los damnificados) salió victorioso de la escaramuza e hizo varios prisioneros. ¿Qué hacer con ellos, cómo conducirlos a donde purgaran su atroz violación al bando de policía y buen gobierno? La Providencia acudió en auxilio de las Fuerzas del Bien. El chofer de un autobús de servicio público había aprovechado las últimas horas del domingo para ir a una fiesta; volvía de ella, se sintió cansado y no halló lugar más a propósito para estacionarse, que las inmediaciones del sitio donde los granaderos sometían al orden de los damnificados. Su vehículo estaba que ni mandado hacer para trasladar a los alborotadores. Se le pidió (no se sabe si de la misma respetuosa manera que la empleada por los *genízaros* antes de la trifulca) que permitiera su uso en apoyo de la ley, el chofer lo hizo de mil amores, y los reos y sus captores fueron al Departamento de Seguridad Pública, donde se les ordenó a éstos dejarse de tonterías y conducir a los damnificados al albergue

donde debieran estar, y no en la plaza pública donde escandalizaban. Sólo que la Providencia dejó de asistir entonces al chofer y a los guardianes del orden, y turbó a aquél, que en vez de dirigirse al Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara, refugio provisional de los afectados por el estallido del drenaje, los abandonó en despoblado.

O sea que ni el gobernador, ni el secretario general de gobierno, ni el jefe del departamento de seguridad pública, ni los jefes del escuadrón antimotines y la policía preventiva tuvieron nada que ver en el asunto. Todos dormían plácidamente en sus domicilios, y sólo al día siguiente se enteraron de que, milagrosamente, la plaza amaneció vacía. Y como los gendarmes participantes en el caso habían hecho juramento de silencio (¿por qué, si habían cumplido su deber?), dejaron a sus jefes sumidos en la ignorancia sobre su mal comportamiento, y los expusieron a negar la intervención policiaca. Ni siquiera la pasarán mal, sin embargo. Ya están libres bajo fianza, pagada por sus propios jefes.